ciones correspondientes, y al señor capitan la órden para que de toda la compañía de cuera escogiese el número de soldados que juzgase conveniente y á propósito, y en caso necesario reclutase otras, y el número de arrieros para las cargas y equipaje de la expedicion, como tambien que fuese caminando para la frontera y entrando en todas las misiones, donde debia pedir todas las bestias mulares y caballares que no hiciesen allí falta, como asimismo cuantas cargas se pudiesen de carne hecha cecina, granos, harina, pinole y bizcocho, dejando en cada mision recibo de cuanto sacase, para satisfacerlo todo, y que con toda la provision subiese para la frontera de Santa María de los Angeles, llevando tambien doscientas reses; y que de todo le diese noticia, como asimismo del tiempo en que podria salir el primer trozo de la expedicion.

Con todas estas órdenes, que cumplió puntualmente, salió el señor capitan del real de Santa Ana por el mes de setiembre de 1768, y habiendo llegado al sitio de Nuestra Señora de los Angeles, que es la frontera de la gentilidad, donde encontró parte de la carga que habian subido ya por las lanchas hasta la bahía de San Luis, registró el terreno, y no hallándolo capaz para que en él se mantuviesen ni aun las bestias, por la absoluta falta de pastos, reconoció las cercanías, internándose hácia la gentilidad, y quiso Dios que á las diez y ocho leguas de haber caminado para San Diego, halló un paraje acomodado á su intento, y haciendo conducir allí toda la carga, ganados y bestias, dió parte al señor visitador general, que se hallaba entonces en el Sur de la California trabajando en el despacho de la expedicion marítima, avisándole que en todo marzo esperaba estar dispuesto para poder continuar su viaje.

Con esta noticia el venerable padre fray Junípero, que tenia nombrado para ir con dicha expedicion al padre predicador fray Juan Crespi, misionero de la mision de la Purísima Concepcion, le escribió se pusiese en camino para no hacer falta. Salió el citado padre de aquella mision á 26 de febrero de 1769 y llegó á la frontera, en donde estaba formado el real, en el paraje que aquellos gentiles nombraban Vellicatá, el miércoles Santo dia 23 de marzo, encontrando allí al señor capitan y á toda la gente pronta para la salida, y ya confesada por el misionero de San Borja, que con este fin habia subido, para que el siguiente dia jueves Santo cumpliesen todos, como lo hicieron, con el precepto de nuestra madre la Iglesia, y el viernes Santo, 24 de marzo, saliese la expedicion.

Esta se componia de los siguientes sugetos: el señor capitan comandante, el padre fray Juan Crespi, un pilotin que iba para observar y formar el diario, veinticinco soldados de cuera, tres arrieros y una cuadrilla de indios neófitos californios para gastadores, ayudantes de arrieros y demás quehaceres que se ofreciesen, armados todos de arco y flechas; y habiendo gastado en el camino cincuenta y dos dias sin novedad alguna, llegaron el 14 de mayo al puerto de San Diego, donde hallaron fondeados los dos barcos, como diré adelante.

Para la segunda parte de la expedicion quedaron en el dicho paraje de Vellicatá las bestias mulares y caballares, toda la carga perteneciente á ella, el ganado vacuno, parte de la tropa y arrieros que habian de marchar, y la restante habia de acompañar al señor gobernador y venerable padre presidente, quien suplicó á este señor se adelantase supuesto que tenia que recoger otras cargas en el camino; que le dajase dos soldados y un mozo, que él saldria después y lo alcanzaria antes de llegar á la frontera. Convencido en esto el citado señor gobernador, salió de Loreto con la tropa el dia 9 de marzo, y habiendo llegado á mi mision, me comunicó, aunque de paso, lo malo que estaba del pié y pierna el venerable padre Junípero, pues en el viaje que habia hecho hácia el Sur se habia empeorado mucho, como asimismo que creia se le habia acancerado el pié, y dudaba que con este accidente pudiese hacer tan penoso y dilatado viaje. "Y " no obstante de haberle hecho presente el atra- " so que podia seguirse á la expedicion si en el " camino se imposibilitaba, no he podido conse- " guir el que se quede y que vuestra paternidad " vaya. Su respuesta ha sido, siempre que le he " hablado del asunto, que espera en Dios le da- " rá fuerzas para seguir hasta San Diego y Mon- " terey; que vaya yo por delante, que me alcan- " zará á la raya de la gentilidad. Yo lo miro ca- " si imposible, y así se lo escribo al señor visita- " dor." Díjome que verificase yo lo mismo, como lo hice, y se fué caminando con la tropa hasta acercarse á los gentiles, y en la mision de San Ignacio se le agregó el padre fray Miguel de la Campa, ministro que era de ella, y estaba nombrado para subir á la conquista.

El dia 28 de marzo, tercera fiesta de la Pascua de resurreccion, salió nuestro venerable padre de su mision y presidio de Loreto, después de haber celebrado con la devocion que acostumbraba la semana Santa y de dejar confesados todos los vecinos de la mision y presidio y comulgados en cumplimiento del precepto de nuestra santa madre Iglesia, pues por estas atenciones no pudo ir con el señor gobernador; pero habiéndolas concluido en el último dia de la Pascua, cantó la misa, predicó al pueblo, despidiéndose de todos hasta la eternidad, y partió de Loreto, como llevo dicho, sin mas compañía que la de dos soldados y un mozo. Así llegó á mi mision; pero viéndole la llaga é hinchazon del pié y pierna, no pude contener las lágrimas al considerar lo mucho que tenia que padecer en los ásperos y penosísimos caminos que eran conocidos hasta la frontera, y los que se ignoraban y descubrian

después, sin mas médico ni cirujano que el divino y sin mas resguardo el accidentado pié que la sandalia, sin usar jamás en cuantos caminos anduvo en la Nueva España como en ambas Californias, zapatos, medias ni botas; disimulando y excusándose con decir que le iba mejor con tener el pié y piernas desnudas.

Detúvose conmigo en la mision el venerable padre tres dias, y así por gozar de su amable compañía por el amor recíproco que nos profesábamos desde el año de 1740 en que me asignó la obediencia por uno de sus discípulos de filosofía, como tambien para tratar los puntos pertenecientes á la presidencia, por estar yo nombrado en la patente de nuestro colegio de presidente por muerte ó ausencia del venerable fray Junípero; antes de hablar acerca de esos asuntos, le hice presente el estado en que se hallaba el pié y pierna, y que naturalmente era imposible pudiese hacer tan dilatado viaje, pudiéndose originar de esto que se desgraciase la expedicion, ó por lo menos que se demorara, y que no ignoraba yo me adelantaba en los deseos de ir á la conquista, pero no en las fuerzas y la salud que lograba; y que en atencion á esto tuviese á bien el quedarse y que yo fuese.

Pero habiendo oido mi proposicion, me respondió luego en estos términos: "No hablemos de " eso: yo tengo puesta toda mi confianza en Dios, " de cuya bondad espero me conceda llegar, no " solo á San Diego para fijar y clavar en aquel " pueblo el estandarte de la santa cruz, sino tam- " bien al de Monterey." Me resigné, viendo que el fervoroso prelado me excedia, y no poco, en la fe y confianza en Dios, por cuyo amor sacrificaba su vida en las aras de sus apostólicos afanes. Pasamos después á tratar de los demás asuntos, y concluidos salió de la mision á continuar su viaje, aumentándose el dolor de la despedida al ver que para subir y bajar de la mula en que iba, era necesario que dos hombres, levantándolo en peso, lo acomodasen en la silla. Y fué su última despedida el decirme: "Adios, hasta Mon- " terey, donde espero nos juntaremos para tra- " bajar en aquella viña del Señor." Mucho me alegré de esto, pero mi despedida fué "hasta la eternidad;" y habiendo sido reprendido amorosamente de mi poca fé, me dijo que le habia penetrado el corazon.

Fué subiendo de una mision á otra, visitando á los padres, consolándolos á todos y pidiéndoles lo encomendasen á Dios. Hallábase este su siervo distante de mi mision cincuenta leguas, en la de Nuestra Señora de Guadalupe, cuando recibí la respuesta del señor visitador general á la carta que le habia escrito dándole noticia del estado del venerable padre, quien no habia modo de quedarse, y que me parecia no podria seguir la expedicion; á la que me respondió, como ya lo habia tratado en el real de Santa Ana y en el puerto de la Paz, y conocido su grande espíritu, con esta expresion "Me alegro mucho vaya " caminando con la expedicion el reverendo pa- " dre Junípero, y alabo su fe y gran confianza " que tiene en que ha de mejorar y que le ha " de conceder Dios el llegar á San Diego: *esta* "*misma confianza tengo yo*," y ciertamente, como después veremos, no le salió falsa. Con esta respuesta perdí yo la esperanza de ir con la expedicion; pero conformándome con la voluntad de Dios, proseguí pidiendo á su majestad por la salud de mi venerado padre y feliz éxito de las expediciones.

Con mucho trabajo, no menor fatiga y ningun alivio del penoso accidente, pudo alcanzar en el paraje de Nuestra Señora de los Angeles, frontera de la gentilidad, al señor gobernador y padre predicador fray Miguel de la Campa; y habiendo descansado allí tres dias, siguieron juntos con la tropa entre la gentilidad hasta llegar al paraje de Vellicatá, donde estaba parado el real con todas las cargas, y entraron en el dia 13 de mayo.

CAPITULO XV.

FUNDA EL VENERABLE PADRE LA PRIMERA MISION, QUE DEDICÓ Á SAN FERNANDO, Y SALE CON LA EXPEDICION PARA EL PUERTO DE SAN DIEGO.

Con motivo de la detencion de la gente y tropa de las expediciones en el paraje nombrado de aquellos naturales Vellicatá, hubo lugar para que se explorase aquel terreno y todas sus cercanías, como tambien para que los soldados hiciesen algunas casitas para resguardarse la temporada que duró la mansion; y asimismo una capillita en que les dijo misa el padre predicador fray Fermin Luzuen, cuando fué por la cuaresma á confesar á la gente del primer trozo de la expedicion que queda ya citada; y habiendo llegado á aquel sitio el señor gobernador y los padres presidente y fray Miguel de la Campa el dia 13 de mayo, como dije en el capítulo antecedente, vigilia de Pentecostés, les pareció que estaba acomodado para fundar allí una mision, y mas por haberles dicho lo mismo los soldados, que habiendo estado en aquel paraje algunos meses con el ganado y caballada, habian registrado algunas leguas de su circuito. En esta atencion, y que era muy conveniente para la comunicacion desde San Diego á la antigua California, y que la mision mas inmediata á Vellicatá era la de San Francisco de Borja, distante como sesenta leguas de tierra despoblada, estéril y falta de aguas, determinaron hacer el establecimiento en el citado sitio.

Convenidos en esto y no pudiendo demorarse por la precision de marchar para San Diego, se dispuso que el siguiente dia, 14 de mayo, tan festivo, como que era el del Espíritu Santo, se tomase posesion del terreno en nombre de nuestro católico monarca y que se diese principio á la mision. Luego que vieron estas resoluciones los

soldados, mozos y arrieros, dieron mano á limpiar la pieza que habia de servir de iglesia interina, y adornarla segun la posibilidad que habia: colgaron las campanas y formaron una grande cruz.

El dia siguiente, 14 de mayo, como queda dicho, y primero de Pascua del Espíritu Santo, se dió principio á la fundacion. Revistióse el padre de alba y capa pluvial, bendijo agua, y con ella el sitio y la capilla, é inmediatamente la santa cruz, la que habiendo sido adorada de todos, fué enarbolada y fijada en el frente de la capilla. Nombró por patrono de ella y de la mision al que lo es de nuestro colegio el santo rey de Castilla y Leon señor San Fernando, y por ministro de ella al padre predicador fray Miguel de la Campa Coz; y habiendo cantado la misa primera, hizo una fervorosa plática de la venida del Espíritu Santo y establecimiento de la mision. Concluido el santo sacrificio, que se celebró sin mas luces que las de un cerillo y otro pequeño cabo de vela, por no haber llegado las cargas en que venia la cera, cantó el *Veni Creator Spiritus*, supliendo la falta de órgano y demás instrumentos músicos los continuos tiros de la tropa, que disparó durante la funcion, y el humo de la pólvora al del incienso, que no tenian.

Por la urgencia con que debia salir la expedicion, no logró el venerable padre fundador el gusto de ver en esta mision primera bautismo alguno, como lo tuvo por primicia en las otras diez que estableció; pero delante de Dios no perderia el mérito de los muchos gentiles que á su majestad se convirtieron, pues pasado el tiempo de cuatro años y cuando se entregó aquella mision á los reverendos padres domínicos, habia en ellas 296 cristianos nuevos de todas edades, segun consta del padron que entregué á los mismos padres, y firmado por ellos se remitió al excelentisimo señor virey. Habiéndose mantenido allí nuestro venerable fray Junípero tres dias, quiso el Señor enseñarle una cuadrilla de gentiles que en breve tiempo recibieron el sagrado bautismo, causándole grande regocijo, como manifiesta en la siguiente expresion de su diario, que no omito insertar, ya que no puede ir todo por lo muy voluminosa que se haria esta relacion.

"Dia 15 de mayo, segundo dia de Pascua y " de fundada la mision, después de las dos mi- " sas que el padre Campa y yo celebramos, tu- " ve un gran consuelo, porque acabadas las dos " misas, estándome recogido dentro del jacalito " de mi morada, me avisaron que venian, y ya " cerca, gentiles. Alabé al Señor, besé la tier- " ra, dando á su majestad gracias de que des- " pués de tantos años de desearlos me concedia " ya verme entre ellos en su tierra. Salí pron- " tamente y me hallé con doce de ellos, todos " varones y grandes, á excepcion de dos que " eran muchachos, el uno como de diez años y " el otro de diez y seis: ví lo que apenas acaba- " ba de creer cuando lo leia ó me lo contaban, " que es el andar enteramente desnudos, como " Adan en el paraíso antes del pecado. Así " iban y así se nos presentaron; y los tratamos " largo rato, sin que en todo él con vernos á to- " dos vestidos se les conociese la mas mínima " señal de rubor á estar de aquella manera des- " nudos. A todos, uno por uno, puse ambas " manos sobre sus cabezas en señal de cariño; " les llené ambas manos de higos pasados, que " luego comenzaron á comer, y recibimos, con " muestras de apreciarles mucho, el regalo que " nos presentaron, que fué una red de mescales " tlatemados y cuatro pescados mas que media- " nos y hermosos; aunque como los pobres no " tuvieron la advertencia de destriparlos, y mu- " cho menos de salarlos, dijo el cocinero que ya " no servian. El padre Campa tambien les re- " galó sus pasas; el señor gobernador les dió ta- " baco en hoja; todos los soldados los agasajaron " y les dieron de comer, y yo con el intérprete " les hice saber que ya en aquel propio lugar se " quedaba padre de pié el que allí veian y se " llamaba padre Miguel; que viniesen ellos y de- " más gentes de sus conocidos á visitarlo y que " echasen la voz de que no habia que tener mie- " do ni recelo; que el padre seria muy su amigo, " y que aquellos señores soldados que allí que- " daban junto con el padre, todos les harian mu- " cho bien y ningun perjuicio; que ellos no hur- " tasen de las reses que iban por el campo, sino " que en teniendo necesidad viniesen á pedir al " padre y les daria siempre que pudiese. Estas " razones y otras semejantes parece que aten- " dieron muy bien y dieron muestras de asen- " tirlas todos, de suerte que me pareció que no " habian de tardar en dejarse coger en la red " apostólica y evangélica." Así fué, como después veremos, y el señor gobernador le dijo al que hacia de capitan, que si hasta entonces no mas tenia este título por el decir ó querer de sus gentes, que desde este dia lo hacia capitan, y con su poder en nombre del rey nuestro señor.

Viendo el citado señor que tan prontamente ocurrian gentiles á aquella primera mision, puso luego en ejecucion la órden que tenia del señor visitador general para entregar al padre de aquella doctrina la quinta parte del ganado vacuno, cuya porcion recibió el padre Campa en nombre de sus futuros hijos, señalando aquellas reses para distinguirlas de las demás que quedaron allí pertenecientes á las misiones de Monterey, por parecerle así conveniente al señor gobernador, pues ignoraba el éxito de las expediciones. Dejó asimismo al citado padre cuarenta fanegas de maíz, un tercio de harina y otro de pan bizcochado, chocolate, higos y pasas, para tener con que regalar á los gentiles para atraerlos; le dejó de resguardo una escolta de soldados con su cabo, y el mismo dia 15 por la tarde salió la expedicion, aunque anduvo solas tres leguas.

En los tres dias que se mantuvo en Vellicatá no sintió nuestro venerable padre novedad alguna en el pié; desde luego que la alegría y divertimiento con la citada fundacion le harian olvidar los dolores; pero no fué así, pues luego en la primera jornada de tres leguas se le inflamó de tal suerte el pié y pierna, que parecia estar acancerado, y entonces eran con tanta vehemencia, que no lo dejaban sosegar; pero no obstante, sin decir nada anduvo otra jornada, tambien de tres leguas, hasta llegar al paraje nombrado San Juan de Dios. Allí se sintió ya tan agravado del accidente, que no pudiendo mantenerse en pié ni estar sentado, hubo de postrarse en la cama, padeciendo los dolores con tanta fuerza, que le imposibilitaban el dormir.

Viéndolo de esta suerte el señor gobernador, le dijo: "Padre presidente, ya ve vuestra reve- " rencia cómo se halla incapaz de seguir con la " expedicion: estamos distantes de donde salimos " solo seis leguas; si vuestra reverencia quiere, " lo llevarán á la primera mision para que allí " se restablezca, y nosotros seguiremos nuestro " viaje." Pero nuestro venerable padre, que jamás desmayó en su esperanza, le respondió de esta manera: "No hable usted de esto, porque " yo confio en Dios me ha de dar fuerzas para " llegar á San Diego, como me las ha dado para " venir hasta aquí; y en caso de no convenir, me " conformo con su santísima voluntad. Mas que " me muera en el camino, no vuelvo atrás; á " bien que me enterrarán y quedaré gustoso en- " tre los gentiles, si es la voluntad de Dios."

Considerando el citado señor gobernador la firme resolucion del venerable padre y que ni á caballo ni á pié podia seguir, mandó hacer un tapestle en forma de parihuela ó féretro de difuntos, formado de varas, para que acostado allí, lo llevasen los indios neófitos de la California, que iban con la expedicion para gastadores y demás oficios que se ofreciesen. Al oir esto el venerable padre se contristó mucho, considerando, como prudente y humilde, el trabajo tan grande que se originaba á aquellos pobres en cargarlo. Con esta pena, recogido en su interior, pidió á Dios le diese alguna mejoría, para evitar la molestia que se seguia á los indios si lo conducian de este modo; y avivando su fe y confianza en Dios, llamó aquella tarde al arriero Juan Antonio Coronel y le dijo: "Hijo, ¿no sabrás hacer- " me un remedio para la llaga de mi pié y pier- " na?" Pero él le respondió: "Padre, ¿qué re- " medio tengo yo de saber? ¿qué acaso soy ciru- " rujano? Yo soy arriero y solo he curado las " mataduras de las bestias. Pues hijo, haz cuen- " ta que yo soy una bestia y que esta llaga es " una matadura, de que ha resultado la hincha- " zon de la pierna y los dolores tan grandes que " siento que no me dejan parar ni dormir; y haz- " me el mismo medicamento que aplicarias á una " bestia." Sonriéndose el arriero y todos los que le oyeron, le respondió: "Lo haré, padre, por darle gusto." Y trayendo un poco de sebo, lo machacó entre dos piedras, mezclándole las yerbas del campo que halló á mano; y habiéndolo frito, le untó el pié y pierna, dejándole puesto en la llaga un emplastro de ambas materias. Obró Dios de tal suerte, que como me escribió su siervo desde San Diego, se quedó dormido aquella noche hasta el amanecer, que despertó tan aliviado de sus dolores y llaga, que se levantó á rezar maitines y prima, como lo tenia de costumbre, y concluido el rezo dijo misa, como si no hubiera padecido tal accidente. Quedaron admirados, así el señor gobernador como los demás de la tropa al ver en el venerable padre tan repentina salud y alientos que para seguir la expedicion tenia, sin que por su causa hubiese la mas mínima demora.

Continuó la expedicion su camino, siguiendo el rastro de los exploradores, que era el mismo que tres años antes habia andado el padre Wenceslao Link, segun dijeron los soldados que lo acompañaron en la expedicion al Rio Colorado, hasta un lugar que el citado padre nombró la Cieneguilla, distante de la nueva mision de San Fernando en Vellicatá veinticinco leguas al rumbo del Norte. Del citado sitio seguia el rastro de dicha expedicion hácia el mismo viento, buscando el desemboque del Rio Colorado, á donde no pudo llegar, porque, como dice en su diario que formó y remitió al excelentísimo señor virey, á pocos dias de haber salido de la Cieneguilla encontraron con una grande sierra, toda de piedra, donde por imposibilitadas las bestias, no pudieron seguir y se vieron obligados á retroceder hasta la mision frontera nombrada San Borja, de donde habia salido la citada expedicion.

De todo esto eran sabedores los de la nuestra, así por las noticias que daban algunos soldados que iban en ella y habian acompañado al dicho padre jesuíta, como por las que ministraba el diario de este, que tenia nuestro venerable fray Junípero. Y como quiera que nuestras expediciones no se encaminaban al Rio Colorado, sino al puerto de San Diego, dejaron el rumbo del Norte desde la Cieneguilla y tomaron el del Noroeste, declinándose á la costa del mar Grande ó Pacífico, con lo cual lograron hallar el deseado puerto de San Diego, á donde arribaron el dia 1º de julio, habiendo gastado en el viaje desde la mision de San Fernando cuarenta y seis dias.

Cuando los individuos de esta expedicion divisaron aquel puerto, desde luego parece se llenó á todos el corazon de alegría, segun las demostraciones que hizo la tropa en continuos tiros, á los cuales correspondió la del primer trozo que habia llegado allí, el mismo dia que en Vellicatá se celebró la fundacion de la primera doctrina nombrada San Fernando. Asimismo acompañaron la salva los dos barcos que estaban ya fondeados en el mismo puerto, la cual duró has-

ta que apeándose todos, pararon á significarse su recíproco cariño con estrechos abrazos y finos parabienes de verse todas las expediciones juntas y ya en su anhelado destino.

Las funciones que en aquel puerto practicaron después de su llegada á él, así el señor gobernador, principal jefe y comandante, con el reverendo padre presidente, se verán en el siguiente capítulo, el cual ocupará la carta que á su llegada me escribió mi venerado padre lector fray Junípero, en que me dá noticia de su viaje, y del de los demas, con las providencias y determinaciones de los señores comandantes de mar y tierra.

CAPITULO XVI.

COPIA DE CARTA DEL VENERABLE PADRE Y LO QUE DETERMINÓ EN SAN DIEGO SOBRE LA EXPEDICION.

"Viva Jesús, María y José.—Reverendo padre lector y presidente fray Francisco de Paloú.—Carísimo mio y mi señor: Celebraré que vuestra reverencia se halle con salud y trabajando con mucho consuelo y felicidad en el establecimiento de esa nueva mision de Loreto y de las otras, y que cuanto antes venga el refuerzo de nuevos ministros para que todo quede establecido en buen órden para consuelo de todos. Yo, gracias á Dios, llegué antes de ayer dia 1º de este mes á este puerto de San Diego, verdaderamente bello y con razon famoso. Aquí alcancé á cuantos habian salido primero que yo, así por mar como por tierra, menos los muertos. Aquí están los compañeros padres Crespi, Vizcaino, Parron, Gomez y yo, todos buenos, gracias á Dios. Aquí están los dos barcos, y el San Cárlos sin marineros, porque todos se han muerto del mal de loanda, y solo le ha quedado uno y un cocinero. El San Antonio, alias el Príncipe, cuyo capitan es don Juan Perez, paisano de la ribera de Palma, aunque salió un mes y medio después, llegó acá veinte dias antes que el otro. Estando ya próximo á salir para Monterey, llegó San Cárlos, y para socorrerle con su gente, esta se le infestó tambien y se le murieron ocho; y en fin, lo que han resuelto es que dicho San Antonio se vuelva desde aquí á San Blas y traiga marineros para él y para San Cárlos, y después irán los dos: veremos el paquebot San José cómo llega, y si viene bien, el postrero será el primero que vaya.

"Han sido la ocasion del atraso de San Cárlos dos cosas: la primera, que por el mal barrilaje, de donde inopinadamente hallaron que se salia el agua, y de cuatro barriles no podian llenar uno, hubieron de repente de arribar á tierra á haberla, y la cogieron de mala parte y calidad, y por ella empezó á enfermar la gente: la segunda fué, que por el error en que estaban todos, así su ilustrísima como los demás, de que este puerto estaba en altura de 33 á 34 grados de polo, pues de los autores unos dicen lo uno y otros lo segundo, dió órden apretada al capitan. Vila (y lo mismo al otro) que se enmarasen mar adentro hasta la altura de 34 grados, y después recalasen en busca de dicho puerto; y como este, *in rei veritate*. no está en mas altura que la de 32 grados y 34 minutos, segun la observacion que han hecho estos señores, por tanto pasaron mucho mas arriba de este puerto, y cuando lo buscaron no lo hallaban, por eso se les hizo mas larga la navegacion, y como la gente ya enferma se llegó mas al frio y proseguian con la agua mala, vinieron á postrarse de manera, que si no encuentran tan breve con el puerto, perecen todos, porque ya no podian echar la lancha al mar para hacer agua ni otra maniobra. El padre fray Fernando trabajó mucho con los enfermos, y aunque llegó flaco no tuvo especial novedad y ya está bueno; pero ya que salió con bien, no quiero que se vuelva á embarcar y se queda gustoso acá.

"En esta ocasion escribo largo á su ilustrísima, al colegio y á nuestro padre comisario general; por eso estoy algo cansado, y si no fuera porque el capitan Perez, viéndome atarcado hace la entretenida, creo se habria ido sin poder escribir de provecho. Por lo que toca á la caminata del padre fray Juan Crespi con el capitan, me dice que escribe á vuestra reverencia por este mismo barco, y así no tengo que decir. En cuanto á mí, la caminata ha sido verdaderamente feliz y sin especial quebranto ni novedad en la salud. Salí de la frontera malísimo de pié y pierna; pero obró Dios (esta expresion alude al medicamento del arriero) y cada dia me fuí aliviando y siguiendo mis jornadas como si tal mal tuviera. Al presente el pié queda todo limpio como el otro; pero desde los tobillos hasta media pierna está como antes estaba el pié, hecho una llaga, pero sin hinchazon ni mas dolor que la comezon que da á ratos; en fin, no es cosa de cuidado.

"No he padecido hambre ni necesidad, ni la han padecido los indios neófitos que venian con nosotros, y así han llegado todos sanos y gordos. He hecho mi diario, del que remitiré en primera ocasion un tanto á vuestra reverencia. Las misiones en el tramo que hemos visto, serán todas muy buenas, porque hay buena tierra y buenos aguajes, y ya no hay por acá ni en mucho trecho atrás piedras ni espinas: cerros sí hay continuos y altísimos, pero de pura tierra; los caminos tienen de bueno y de malo y mas de este segundo, pero no cosa mayor: desde medio camino ó antes, empiezan á estar todos los arroyos y valles hechos unas alamedas. Parras las hay buenas y gordas, y en algunas partes cargadísimas de uvas. En varios arroyos del camino y en el paraje en que nos hallamos, á mas de las parras hay varias rosas de Castilla. En fin, es buena y muy distinta tierra de la de esa antigua California.

"De los dias que van de 21 de mayo en que salimos de San Juan de Dios, segun escribí á vuestra reverencia, hasta 1º de julio que llegamos acá, quitados como ocho dias que entreveradamente hemos dado de descanso á los animales, uno aquí y otro acullá, todos los dias hemos caminado; pero la mayor jornada ha sido de seis horas, y de estas solo ha habido dos, y las demás de cuatro á cuatro y media, de tres, de dos y de una y media, como cada dia expresa el diario, y eso á paso de recua; de lo que se infiere que habilitados y enderezados los caminos podrán ahorrar muchas leguas de rodeos excusados; no está esto muy lejos, y creo después de dicha diligencia, podrá ser materia de unos doce dias para los padres, que los soldados ahora dicen que irán á la ligera hasta la frontera de Vellicatá en mucho menos.

"Gentilidad la hay inmensa, y todos los de esta contra-costa (del mar del Sur) por donde hemos venido, desde la ensenada de Todos Santos, que así la llaman los mapas y derroteros, viven muy regalados con varias semillas y con las pescas que hacen en sus balsas de tule, en forma de canoas, con lo que entran muy adentro del mar, y son afabilísimos, y todos los hombres, chicos y grandes, todos desnudos, y mujeres y niñas honestamente cubiertas, hasta las de pecho, se nos venian, así en los caminos como en los parajes, nos trataban con tanta confianza y paz como si toda la vida nos hubieran conocido, y queriéndoles dar cosa de comida, solian decir que de aquello no, que lo que querian era ropa, y solo con cosa de este género eran los cambalaches que hacian de su pescado con los soldados y arrieros. Por todo el camino se ven liebres, conejos, tal cual venado y muchísimos verrendos.

"La expedicion de tierra me dice el señor gobernador la quiere proseguir juntamente con el capitan de aquí á tres dias ó cuatro, y aquí nos dejará (dice) ocho soldados de cuera de escolta y algunos catalanes enfermos, para que si mejoran sirvan. La mision no se ha fundado, pero voy luego que salgan á dar mano á ello. Amigo, aquí me hallaba cuando me vino el paisano capitan diciéndome que ya no puede esperar mas sin quedar mal, y así concluyo con decir que estos padres se encomiendan mucho á vuestra reverencia; que quedamos buenos y contentos; que me encomiendo al padre Martinez y demás compañeros, á quienes tenia ánimo de escribir; pero no puedo y lo haré en primera ocasion. Esta la incluyo al padre Ramos, que el paisano me dice que va á dar al Sur, para que la lea y la remita á vuestra reverencia, cuya vida y salud guarde Dios muchos años. De este puerto y destinada nueva mision de San Diego en la California Setentrional, y julio 3 de 1769.—B. L. M. de vuestra reverencia su afectísimo hermano y siervo—*Fráy Junípero Serra*."

Habiendo llegado al puerto de San Diego el paquebot San Antonio, alias el Príncipe, el dia 11 de abril, y el San Cárlos veinte dias después, se juntó esta expedicion marítima con la de tierra, cuyo primer trozo, mandado del señor capitan, entró allí á 14 de mayo, y el segundo, del cargo del señor gobernador, á 1º de julio. En este lugar hicieron junta ambos señores comandantes para conferir y determinar lo que debia ejecutarse respecto á la poca gente de mar que existia viva y libre de aquel contagio en la capitana, así de tripulacion como de la tropa que de la California habia venido, pues por esta razon no podian cumplirse ya las instrucciones que traian del señor visitador general. En atencion á todo esto resolvió la expresada junta que el paquebot San Antonio á cargo de su capitan D. Juan Perez, con la tripulacion capaz de hacer viaje, se regresase sin dilacion alguna al puerto de San Blas, así para dar cuenta á la capitana general, como para conducir la tripulacion que ambos barcos necesitaban. Así lo ejecutó saliendo el dia 9 de julio, y después de dias llegó á San Blas con muy poca gente, por habérsele muerto en el camino nueve hombres, cuyos cadáveres hubo de echar al agua.

Asimismo se determinó que en el hospital en el puerto de San Diego quedasen todos los enfermos, así soldados como marineros, con algunos de los que estaban sanos para que los cuidasen, y el cirujano francés D. Pedro Prat; que la capitana San Cárlos quedase fondeada, y en ella el capitan comandante D. Vicente Vila, el pilotin con unos cuatro ó cinco marineros y convalecientes y un muchacho; quedando de acuerdo que luego que llegase el tercer paquebot San José, se quedase fondeado con sola la gente muy precisa, para que pasando la restante á la capitana, quedase esta habilitada y caminase para Monterey, donde la esperaria la expedicion de tierra, que habia de salir luego que se hiciese á la vela el Príncipe.

Dispúsose todo lo necesario de víveres y demás que se juzgó conveniente para un viaje desconocido y á juicio de todos dilatado. Los bastimentos y cargas de utensilios pertenecientes á iglesia, casa y campo que habian conducido las expediciones, se dejaron en San Diego, quedando para su custodia ocho soldados de cuera.

En vista de lo determinado por la junta de los citados señores comandantes, nombró nuestro venerable padre presidente, de los cinco padres que se hallaban en San Diego, á fray Juan Crespi y fray Francisco Gomez para que fuesen con la expedicion de tierra destinada á Monterey; y

el venerable padre con los otros dos fray Juan Vizcaino y fray Fernando Parron, se quedaron en San Diego entre tanto llegaba el paquebot San José, por tener determinado entonces el siervo de Dios embarcarse en el primer barco que subiese á Monterey.

Luego que se verificó la salida del Príncipe el dia 9 (como queda dicho), se determinó el dia en que habia de marchar la expedicion de tierra, y fué señalado por el señor comandante el dia 14, en que se celebra al seráfico doctor San Buenaventura, y nombró para el viaje á las sesenta y seis personas siguientes: el señor gobernador D. Gaspar de Portalá, primer comandante, con un criado; los dos padres ya referidos y dos indios neófitos de la antigua California para su servicio; D. Fernando Rivera y Moncada, capitan y segundo comandante, con un sargento y veintiseis soldados de su compañía de cuera; D. Pedro Fajes, teniente de la compañía franca de Cataluña, con los siete de sus soldados que le habian quedado aptos para el viaje, por habérsele muerto muchos y quedado los demás en San Diego enfermos; D. Miguel Constanzó, ingeniero, siete arrieros y quince indios californios neófitos para gastadores y ayudantes de arrieros en los atajos de mulas que conducian todos los bastimentos que se consideraron suficientes, á efecto de que no se experimentase hambre ni necesidad, segun los repetidos encargos del senor visitador general.

Hechas todas estas disposiciones y después de haber celebrado el santo sacrificio de la misa todos los padres al santísimo patriarca señor san José, como patrono de las expediciones, y al seráfico doctor san Buenaventura (en cuyo dia se hallaban), salió la expedicion de San Diego, tomando el rumbo al Noroeste y á la vista del mar Pacífico, cuya costa tira al mismo viento. Fué la salida á las cuatro de la tarde, y hubieron de parar después de haber andado dos leguas y media. El curioso que quisiere saber de este viaje, lo remito al diario que por extenso formó el padre fray Juan Crespi en el mismo camino, tomando el trabajo en las paradas de escribir lo que habian andado cada dia con las particularidades ocurridas; y no lo inserto en esta relacion por evitar tanta difusion, considerando esta tarea ajena del venerable padre Junípero, y paso á referir lo que este practicó en San Diego ínterin la expedicion salia á explorar el puerto de Monterey.

CAPITULO XVII.

FUNDA LA SEGUNDA MISION DE SAN DIEGO, Y LO QUE SUCEDIÓ EN ELLA.

Aquel fervoroso celo en que continuamente ardia y se abrasaba el corazon de nuestro venerable padre fray Junípero, no le permitia olvidar el principal objeto de su venida, y él fué quien le obligó (á los dos dias de salida la expedicion) á dar principio á la doctrina de San Diego en el puerto de este nombre, con que se conocia desde el año de 1603 y lo habia señalado el general don Sebastian Vizcaino. Hizo la funcion del establecimiento con la misa cantada y demás ceremonia, de costumbre que quedan expresadas en el tratado de la fundacion de la de San Fernando el dia 16 de julio, en que los españoles celebramos el triunfo de la santísima cruz, esperanzado en que así como en virtud de esta sagrada señal lograron los españoles en el propio dia, el año de 1212, aquella célebre victoria de los bárbaros mahometanos, lograrian tambien levantando el estandarte de la santa cruz, ahuyentar á todo el infernal ejército y sujetar al suave yugo de nuestra santa fe la barbaridad de los gentiles que habitaban esta nueva California; y mas implorando el patrocinio de María santísima, á quien en el mismo dia celebra la Iglesia bajo el título del Monte Carmelo. Con esta fe y celo de la salvacion de las almas, levantó el venerable padre Junípero el estandarte de la santa cruz, fijándola en el sitio que le pareció mas propio para la formacion del pueblo y á la vista de aquel puerto. Quedaron de ministros nuestro venerable padre y fray Fernando Parron, y con la poca gente que existia sana, en los ratos que no era preciso asistir á los enfermos, se fueron construyendo unas humildes barracas; y habiéndose dedicado una para iglesia interina, se procuraron atraer allí con dádivas y afectuosas expresiones á los gentiles que se dejaban ver; pero como quiera que estos no entendian nuestro idioma, no atendian á otra cosa que á recibir lo que se les daba, como no fuese comida, porque esta de manera alguna quisieron probarla, de suerte que si á algun muchacho se le ponia un pedazo de dulce en la boca, lo arrojaba luego como si fuese veneno. Desde luego atribuyeron la enfermedad de los nuestros á las comidas que ellos jamás habian visto. Esta fué, sin duda, singular providencia del Altísimo, porque si como apreciaban la ropa se hubieran aficionado de los comestibles, hubieran acabado por hambre con aquellos españoles.

Siendo tan grande su aversion á nuestras comidas, no era menor el deseo con que ansiaban por la ropa, hasta pasar al hurto de cuantas podian de esta clase; llegando á tanto extremo, que ni en el barco estaban seguras sus velas, pues habiéndose arrimado una noche á él con sus balsas de tule, los hallaron cortando un pedazo de una, y en otra ocasion un calabrote para llevárselo. Esto dió motivo á poner á bordo la centinela de dos soldados (de los ocho de cuera que habian quedado), y con este temor hubieron de contenerse; pero á la mision se le minoró la escolta, y mas en los dias festivos que era menester fuesen con el padre que iba á celebrar misa en el barco, otros dos soldados de resguardo por si se verificaba algun insulto de los gentiles.

Todo esto observaron ellos atentamente, ignorando la fuerza de las armas de fuego y confiando en la multitud de gente que tenian y en sus flechas y macanas de madera, en forma de sables, que cortan como el acero; y otras como porras ó mazos, con que hacen mucho estrago, empezaron á robar sin temor alguno, y viendo que no se les permitia, quisieron probar fortuna quitando la vida á todos los nuestros y quedando ellos con los expolios. Así lo intentaron hacer en los dias 12 y 13 de agosto; pero habiendo hallado resistencia hubieron de retirarse.

El dia 15 del mismo mes en que se celebra la gran festividad de la gloriosa Asuncion de nuestra Reina y Señora de los cielos, luego que salieron con el padre fray Fenando, que iba á decir misa á bordo, dos de los soldados quedando solos cuatro en la mision; y habiendo acabado de celebrar el santo sacrificio el venerable padre presidente y el padre Vizcaino, en que comulgaron algunos, cayó un gran número de gentiles, armados todos á guerra, y empezaron á robar cuanto encontraban, quitando á los pobres enfermos hasta las sábanas con que se cubrian. Gritó luego al arma el cabo, y viendo los contrarios la accion de vestirse los soldados las cueras y adargas (armas defensivas con que se burlan de las flechas) y que al mismo tiempo tomaban los fusiles, se apartaron empezando á disparar sus flechas; y los cuatro soldados, carpintero y herrero, á hacer fuego con valor, pero principalmente el herrero, que sin duda la sagrada comunion que acababa de recibir le infundió extraordinario aliento; y no obstante de no tener cuera para resguardo, iba por entre medio de las casas ó barracas gritando: "Viva la fe de Jesucristo y mueran esos perros "enemigos de ella;" y haciendo fuego al mismo tiempo contra los gentiles.

El venerable padre presidente con su compañero se hallaba dentro de la barraca, encomendando á Dios á todos para que no resultase alguna muerte, así de los gentiles para que no se perdiesen aquellas almas sin bautismo, como de los nuestros. Quiso el padre Vizcaino mirar si se retiraban los indios, y con este fin alzó un poco la manta de ixtle ó pita que servia de puerta á aquella habitacion; pero no bien lo hubo hecho, cuando una flecha le hirió la mano (que aunque después sanó, le quedó siempre malo un dedo), y con esto, dejando caer la cortina, no trató mas que de encomendarse á Dios, como lo hacia su siervo fray Junípero.

Continuando la guerra y los funestos alaridos de los gentiles, se entró á toda prisa en la barraca de los padres el mozo que los cuidaba, llamado José María, y postrándose á los piés de nuestro venerable, le dijo: "Padre absuélvame, que "me han muerto los indios." Absolviólo é inmediatamente quedó muerto, pues le habian traspasado la garganta, y ocultando los ministros esta muerte, la ignoraron los gentiles. De estos cayeron varios; y viendo los otros la fuerza de las armas de fuego y el valor de los cristianos, se retiraron luego con sus heridos, sin dejar alguno tirado, para precaver que los nuestros supiesen, como no lo consiguieron, si habia muerto alguno en el combate. De los cristianos quedaron heridos, á mas del padre Vizcaino, un soldado de cuera, un indio californio y el valeroso herrero; pero ninguno de cuidado, pues en breve tiempo sanaron todos, y la muerte del citado mozo quedó en silencio.

De los gentiles, aunque ocultaron los difuntos, se supo los que quedaron heridos, pues á pocos dias vinieron de paz, pidiendo los curasen, como lo hizo de caridad el buen cirujano y los puso buenos. Esta caridad que observaron en los nuestros, obligó á los indios á cobrarles algun afecto; y la triste experiencia de su desgraciada empresa les infundió temor y respeto, con que se portaron ya de distinto modo que antes, frecuentando visitar la mision, pero sin ningun aparato de armas.

Entre los que mas se acercaban, habia un indio de quince años que raro dia dejaba de asistir, y ya comia sin el menor recelo cuanto le daban los padres. Procuró nuestro fray Junípero regalarlo y que aprendiese algo de nuestro idioma, para ver si por este medio conseguia algun bautismo de los párvulos. Pasados algunos dias y entendiendo ya algo el indio, le dijo el venerable padre que viese si le traia algun chiquito, con consentimiento de sus padres; que lo haria cristiano como nosotros echándole una poca de agua en la cabeza, con que quedaria hijo de Dios y del padre y pariente de los soldados, que ellos llamaban *cuerés*, y le regalaria ropa para que anduviese vestido como los españoles. Con estas expresiones y otras que su fervoroso celo le hacia idear, parece que el indio lo entendió, y comunicándolo á los demás, vino dentro de pocos dias con un gentil, y otros muchos que lo acompañaban, que traia en brazos un niño y daba á entender por las señas que hacia que era su voluntad se lo bautizasen. Llenándose de gozo nuestro venerable padre, dió luego una poca de ropa para cubrir al niño, convidó al cabo para padrino y á los soldados para que solemnizasen el primer bautismo, que presenciaron tambien los indios. Luego que el venerable padre concluyó las ceremonias y estando para echarle la agua, arrebataron los gentiles al niño y se marcharon con él á la ranchería, dejando al venerable padre con la concha en la mano. Aquí fué menester toda su prudencia para no inmutarse con tan grosera accion, y su respeto para contener á los soldados no vengasen el desacato, pues considerando la barbaridad é ignorancia de aquellos miserables, fué preciso el disimular.

Fué tanto el sentimiento de nuestro venerable padre por habérsele frustrado bautizar á aquel niño, que por muchos dias le duró, y se miraba